

Dar limosna a un mendigo

Dar al mendigo es prestar a Dios

En una ciudad vivía un tártaro. Era un hombre pobre, viudo, con hijos pequeños. Todo el día no estaba en casa: iba a trabajar por jornal, y los niños se quedaban solos, siempre solos: nadie podía arreglarlos, ni alimentarlos, ni cuidar de ellos. Hubiera querido volver a casarse, pero ¿quién aceptaría a un hombre tan pobre que tendría que cuidar de hijos ajenos? Así que el tártaro decidió tomar para su casa una sirvienta. Aunque era duro para el pobre alimentar una boca más, ¿qué podía hacer? Le daba pena de sus hijos.

Se encontró una sirvienta adecuada. Había muerto allí un campesino muy, muy pobre, y tras él quedó una hija huérfana. El tártaro acordó con ella que le serviría a cambio de pan. Empezaron a vivir juntos. La muchacha —se llamaba Masha— se ocupaba de la casa, cuidaba de los niños, preparaba la comida, mientras el tártaro trabajaba por jornal. Y esta Masha le vino tan bien a la casa, cuidaba de sus hijos tártaros como si fuera su propia madre, que él vivía mejor y más tranquilo con ella que con su propia esposa: confiaba plenamente en ella y consultaba con ella todos sus asuntos. Además, sus ganancias aumentaron: primero, porque se le presentó un trabajo provechoso, y segundo, porque empezó a trabajar con más ánimo al dejar de sufrir hora tras hora por sus hijos.

Una tarde, cuando el tártaro estaba en casa, se acercó a la ventana un mendigo, un ancianito, y pidió limosna. Masha le dio un trozo de pan. «¿Qué haces, muchacha? —le dijo el tártaro a Masha—. ¿Repartes pan entre los mendigos? Apenas nos alcanza para nosotros mismos». «No importa, nosotros de algún modo quedaremos saciados; según nuestra costumbre hay que dar a los mendigos, porque dar al mendigo es lo mismo que prestar a Dios. Y nuestro Dios devuelve el bien cien veces», le respondió Masha.

El tártaro tenía ahorrado para un día malo un rublo de plata. Y cosa extraña: desde que tuvo ese rublo, también tuvo una preocupación adicional. Por la noche el tártaro empezó a despertarse, temiendo que alguien le robara el dinero; durante el día no dejaba de pensar cómo poner ese rublo en circulación para que no estuviera ocioso, sino que produjera beneficio.

Las palabras de Masha se le clavaron en la cabeza al tártaro; pensó y repensó, y finalmente decidió: prestar su rublo al Dios ruso. Fue un domingo al pórtico de la iglesia y dio el dinero al primer mendigo que encontró.

Pasara mucho o poco tiempo, de repente enfermó la sirvienta del tártaro, y enfermó tan gravemente que no podía levantarse de la cama: ardía como fuego y se consumía día tras día como una vela. Como dice la gente: cuando llega la desgracia, arrastra consigo otra. Para colmo, en ese mismo tiempo el amo de Masha se hirió la mano con un hacha y tampoco podía trabajar. Entonces les sobrevino una desgracia inevitable: los niños, hambrientos, gritaban y lloraban pidiendo comer, y en la casa no había ni un mísero pedazo de pan ni manera de conseguirlo. El tártaro recordó su rublo de reserva, que había prestado al Dios ruso, y le dijo a Masha: «Mira, muchacha, cuánto nos vendría bien ahora mi rublo de reserva. Se lo di a vuestro Dios, como tú me enseñaste, en préstamo; ahora habría que recuperarlo. Lo necesitamos urgentemente».

Pero Masha ni siquiera pudo responderle: estaba demasiado enferma. El tártaro fue al pórtico de la iglesia y buscó al mendigo a quien había dado su rublo, pero el mendigo no estaba. Vio que salían gente de la iglesia —en ese momento se celebraba la misa— dando limosna a los mendigos, y él también extendió la mano. Estuvo allí mucho rato; la gente pasaba junto a él sin darle nada, todos decían: «¡Dios te dará!», y finalmente terminó la misa. Salió de la iglesia, el último de todos, un ancianito vestido pobremente y le dio al tártaro una kopeka.

El tártaro volvió a casa y le dijo a Masha: «Mira, confié en ti cuando dijiste que vuestro Dios devuelve las deudas cien veces; pues Él me ha devuelto por mi rublo solo una kopeka. ¿Cómo voy ahora a alimentarlos a todos con una kopeka?».

Fue al mercado; preguntó por cualquier cosa, pero todo costaba más de una kopeka, así que no compró nada. Regresaba a casa cabizbajo —el camino iba junto al río— cuando vio que un pescador acababa de sacar una red y separaba los peces grandes de los pequeños. Entonces le dijo al pescador: «Dame, buen hombre, pescado por una kopeka: en casa los niños llevan tres días sin comer». El pescador se compadeció de él y le dio por una kopeka un pescado, pequeño, eso sí.

En casa, el tártaro empezó a limpiar el pescado para cocérselo a los niños; lo abrió y, ¡mira!, dentro había una piedrecita, como un fragmento de vidrio, pero que brillaba intensamente al sol, irisándose como un arcoíris. Se la mostró a Masha, y ella, que ya se sentía un poco mejor, le dijo: «Parece realmente una piedra preciosa. Ve donde el judío, el orfebre, a ver si te da algo por ella». El tártaro fue donde el judío. Apenas el judío vio la piedra, sus ojos se encendieron. «¿Dónde conseguiste esto?», preguntó. El tártaro se lo contó. «Bueno —dijo el judío—, esto no vale nada, es solo un vidriillo». «Si no vale nada, entonces no lo necesito; se lo daré a los niños para que jueguen». El tártaro guardó la piedra en el bolsillo e hizo ademán de marcharse, pero el judío lo agarró por la chaqueta: «Espera, espera

—dijo—, también a mí me gustan los juegos de niños. Dame tu piedra y, así sea por tu pobreza, te daré por ella tres rublos».

«Algo es extraño que el judío ofrezca tanto de inmediato —pensó el tártaro—. Quizás la cosa sí tenga valor...». «No —dijo—, ¡qué va! Vosotros, los judíos, no dais nada a los demás por compasión. Iré a otro sitio a saber el precio de la piedra». «¿Para qué ir a otro sitio? Nadie te dará más que yo. ¿Quieres diez rublos?». «¡No quiero!». «Bueno, veinte». «Ni siquiera por cien rublos la venderé». «Toma cien rublos».

«Eh —pensó el tártaro—, vaya cosa tan valiosa está resultando. Está bien —dijo—, si quieres dar mil rublos, toma la piedra, ¡es tu suerte!». El judío empezó a regatear: se aferró a la piedra, todo él temblaba, los ojos le brillaban, la hacía girar entre las manos, la examinaba contra la luz. Ofreció doscientos, trescientos, quinientos rublos, pero el tártaro no cedía. No hubo más remedio: el judío le contó mil rublos por la piedra. Es sabido que la piedra valía tres mil.

El tártaro volvió a casa, se acercó a Masha y le dijo: «Bueno, Masha, tienes razón. Grande es vuestro Dios cristiano, justa es vuestra fe. Quiero vivir según ella».

Con abundancia y cuidados, Masha pronto se recuperó. Su amo se bautizó, se casó con ella y comenzaron a vivir felices, acumulando bienes y sin olvidar a los pobres.